

ANDRÉS FERNÁNDEZ  
DE ANDRADA

EPÍSTOLA  
MORAL A FABIO

De la edición de Dámaso Alonso, en curso de revisión para la Biblioteca clásica de la Real Academia Española.

*EPÍSTOLA MORAL A FABIO*

Fabio, las esperanzas cortesanas  
prisiones son do el ambicioso muere  
y donde al más activo nacen canas.

5 El que no las limare o las rompiere,  
ni el nombre de varón ha merecido,  
ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
elija, en sus intentos temeroso,  
primero estar suspenso que caído;

10 que el corazón entero y generoso  
al caso adverso inclinará la frente  
antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente  
que supo retirarse, la fortuna,  
15 que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna  
de contrarios sucesos nos espera  
desde el primer sollozo de la cuna.

20 Dejémosla pasar como a la fiera  
corriente del gran Betis, cuando airado  
dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado  
que el premio mereció, no quien le alcanza  
por vanas consecuencias del estado.

25 Peculio propio es ya de la privanza  
cuanto de Astrea fue, cuanto regía  
con su temida espada y su balanza.

30 El oro, la maldad, la tiranía  
del inicuo, precede, y pasa al bueno:  
¿qué espera la virtud o qué confía?

Ven y reposa en el materno seno  
de la antigua Romúlea, cuyo clima  
te será más humano y más sereno;

35        adonde, por lo menos, cuando oprima  
nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno  
«¡Blanda le sea!», al derramarla encima;

      donde no dejarás la mesa ayuno,  
cuando en ella te falte el pece raro  
o cuando su pavón nos niegue Juno.

40        Busca, pues, el sosiego dulce y caro,  
como en la oscura noche del Egeo  
busca el piloto el eminente faro;

      que si acortas y ciñes tu deseo,  
dirás: «Lo que desprecio he conseguido,  
45        que la opinión vulgar es devaneo».

      Más quiere el ruiseñor su pobre nido  
de pluma y leves pajas, más sus quejas  
en el bosque repuesto y escondido,

50        que agradar lisonjero las orejas  
de algún príncipe insigne, aprisionado  
en el metal de las doradas rejas.

      Triste de aquel que vive destinado  
a esa antigua colonia de los vicios,  
augur de los semblantes del privado.

55        Cese el ansia y la sed de los oficios,  
que acepta el don, y burla del intento,  
el ídolo a quien haces sacrificios.

      Iguala con la vida el pensamiento,  
y no le pasarás de hoy a mañana,  
60        ni quizá de un momento a otro momento.

      Casi no tienes ni una sombra vana  
de nuestra grande Itálica, ¿y esperas?  
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

65        Las enseñas grecianas, las banderas  
del senado y romana monarquía,  
murieron, y pasaron sus carreras.

      ¿Qué es nuestra vida más que un breve día,  
do apenas sale el sol, cuando se pierde

en las tinieblas de la noche fría?

70        ¿Qué más que el heno, a la mañana verde,  
seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
¿Será que de este sueño se recuerde?

      ¿Será que pueda ver que me desvío  
de la vida, viviendo, y que está unida  
75        la cauta muerte al simple vivir mío?

      Como los ríos, que en veloz corrida  
se llevan a la mar, tal soy llevado  
al último suspiro de mi vida.

80        De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
O ¿qué tengo yo, a dicha, en la que espero,  
sin alguna noticia de mi hado?

      ¡Oh si acabase, viendo cómo muero,  
de aprender a morir antes que llegue  
aquel forzoso término postrero:

85        antes que aquesta mies inútil siegue  
de la severa muerte dura mano,  
y a la común materia se la entregue!

      Pasáronse las flores del verano,  
el otoño pasó con sus racimos,  
90        pasó el invierno con sus nieves cano;

      las hojas que en las altas selvas vimos,  
cayeron, ¡y nosotros a porfía  
en nuestro engaño inmóviles vivimos!

95        Temamos al Señor, que nos envía  
las espigas del año y la hartura,  
y la temprana lluvia y la tardía.

      No imitemos la tierra siempre dura  
a las aguas del cielo y al arado,  
ni la vid cuyo fruto no madura.

100        ¿Piensas acaso tú que fue criado  
el varón para el rayo de la guerra,  
para sulcar el piélagos salado,

105 para medir el orbe de la tierra  
y el cerco por do el sol siempre camina?  
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina  
a mayores acciones es llamada  
y en más nobles objetos se termina.

110 Así aquella que a solo el hombre es dada  
sacra razón y pura me despierta,  
de esplendor y de rayos coronada;

y en la fría región, dura y desierta,  
de aqueste pecho enciende nueva llama,  
y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

115 Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
y callado pasar entre la gente,  
que no afecto los nombres ni la fama.

120 El soberbio tirano del Oriente,  
que maciza las torres de cien codos,  
del candido metal puro y luciente,

apenas puede ya comprar los modos  
del pecar. La virtud es más barata:  
ella consigo misma ruega a todos.

125 ¡Mísero aquel que corre y se dilata  
por cuantos son los climas y los mares,  
perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,  
un libro y un amigo, un sueño breve,  
que no perturben deudas ni pesares.

130 Esto tan solamente es cuanto debe  
naturaleza al parco y al discreto,  
y algún manjar común, honesto y leve.

135 No, porque así te escribo, hagas conceto  
que pongo la virtud en ejercicio:  
que aun esto fue difícil a Epicteto.

Basta, al que empieza, aborrecer el vicio,  
y el ánimo enseñar a ser modesto;

después le será el cielo más propicio.

140 Despreciar el deleite no es supuesto  
de sólida virtud, que aun el vicioso  
en sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso  
este camino sea al alto asiento,  
morada de la paz y del reposo.

145 No sazona la fruta en un momento  
aquella inteligencia que mensura  
la duración de todo a su talento:

150 flor la vimos primero, hermosa y pura;  
luego, materia acerba y desabrida;  
y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida  
y comparta y dispense las acciones  
que han de ser compañeras de la vida.

155 No quiera Dios que siga los varones  
que moran nuestras plazas, macilentos,  
de la virtud infames histriones;

esos inmundos trágicos y atentos  
al aplauso común, cuyas entrañas  
son infaustos y oscuros monumentos.

160 ¡Cuan callada que pasa las montañas  
el aura, respirando mansamente!  
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

165 ¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de rüido  
por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
en las costumbres sólo a los mejores,  
sin presumir de roto y mal ceñido.

170 No resplandezca el oro y los colores  
en nuestro traje, ni tampoco sea  
igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
un estilo común y moderado,  
que no le note nadie que le vea.

175 En el plebeyo barro mal tostado,  
hubo ya quien bebió tan ambicioso  
como en el vaso murrino preciado;

180 y alguno tan ilustre y generoso  
que usó como si fuera vil gaveta,  
del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta  
alguna cosa? ¡Oh muerte!, ven callada  
como sueles venir en la saeta;

185 no en la tonante máquina preñada  
de fuego y de rumor, que no es mi puerta  
de doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta  
su esencia la verdad, y mi albedrío  
con ella se compone y se concierta.

190 No te burles de ver cuánto confío,  
ni al arte de decir, vana y pomposa,  
el ardor atribuyas de este brío.

195 ¿Es por ventura menos poderosa  
que el vicio la virtud, o menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
se arroja al mar, la ira a las espadas,  
y la ambición se ríe de la muerte.

200 ¿Y no serán siquiera tan osadas  
las opuestas acciones, si las miro  
de más ilustres genios ayudadas?

205 Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
de cuanto simple amé: rompí los lazos.  
Ven y sabrás al grande fin que aspiro,  
antes que el tiempo muera en nuestros brazos.